

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Organización obrera

Vamos entrando en un franco período de organización obrera. El gobierno ha publicado un Real Decreto obligando a las Empresas concesionarias del Estado, a que reconozcan personalidad a los Sindicatos que formen sus obreros y empleados.

Entusiastas como el que más del sindicalismo porque en él vemos la regeneración del obrero, hemos de llamar una y mil veces la atención de las personas sensatas y amantes de la patria, sobre el peligro que entrañan los sindicatos socialistas.

No es solo cuestión religiosa; es cuestión de orden, de progreso. El socialismo no solo ataca los principios de la religión; ataca también los principios fundamentales de la misma sociedad, tales como el derecho de propiedad, la familia y la autoridad.

Por eso todas las personas de orden, todos los que quieren una patria grande y esplendorosa deben ponerse al lado del sindicalismo católico y apoyarlo con todas sus energías.

Los gobiernos hasta ahora han hecho siempre concesiones a los socialistas en perjuicio de los católicos. No nos extraña este proceder. Los gobiernos que se van sucediendo, todos son más o menos liberales, y el liberalismo es el padre del socialismo y del anarquismo.

Pero juegan con fuego. Cuando los gobiernos por atraerse a las masas populares conceden libertad absoluta a la palabra, a la pluma y al pensamiento y la pluma y la palabra se vuelven contra esos mismos gobiernos y estalla la revolución.

Y es falso error de muchos que no se asustan sino cuando ven las últimas consecuencias de la revolución, y ven tranquilos como el desorden y las doctrinas antisociales se van apoderando de las muchedumbres. ¿Cómo es posible que se deje respirar a los obreros en una atmósfera insana y luego se quiere que no sufra las convulsiones del letargo y e-tallen amenazadores los odios que en su pecho se han ido acumulando?

Hay, pues, que prevenir; hay que impedir los avances de la revolución mansa, de esa revolución sombría, callada, que va en el silencio procurando prosélitos del desorden y del desenfreno. Y el único remedio es el sindicalismo católico; no hay otro. El dilema es terrible: o el sindicalismo católico mata a la organización socialista o la organización socialista matará a la patria.

MATARIS

A BENEDICTO XV

Venid, Señor, venid; tu voz resuena como canto de paz y bienandanza, que de gozo y consuelo el alma tiene.

y a los pechos devuelva la esperanza.

Vicario de Jesús, Rey sin segundo, bajo tu protección nos acogemos; a Ti vuelve sus ojos hoy el mundo; ¡Sálvanos Tú Señor, que perecemos!

Que en el caos horrible de la guerra, luchando enloquecidas las naciones, por ganar un puñado más de tierra, de sus hijos hoy dan los corazones.

Y vanean por doquier cantos guerreros, y el eco del cañón doquier retumba; y los hijos de Adán locos y fieros, con sus manos labrando están su tumba.

Que, al expirar la luz del Vaticano, en la noche espantosa de la vida, para ser el verdugo de su hermano, todos buscan el arma fratricida.

Y el cariño murió, murió el consuelo, cansados de llorar están los ojos, por nuestras culpas irritado el cielo y sembrada la tierra de despojos.

Y al brillar de tu luz los resplandores, como pobres polluelos perseguidos por fiero gavilán buscando amores, a Ti vienen tus hijos afligidos.

Plugo a Dios concederte poder tanto, que nos puedes llevar a feliz puerto. ¡Ten compasión del mundo, Padre Santol! ¡Y daic queva vida, que está muerto!

En el mar de la vida proceloso puedes encadenar las tempestades; Cálmalas, pues, Señor, Padre amoroso, Nueyo Jesús del nuevo Tiberiades.

Cadáver es la humanidad doliente; Dios hace siempre lo que el Papa manda, que es la voz de tu imperio omnipotente; al cadáver mandad: «¡álzate y anda!»

Y al eco de tu voz estremecida, rompiendo las mortales ligaduras, surja la humanidad a nueva vida de amores, de consuelos, de venturas...

ÉPIFANIO FERREIRO,

Estudios Sociales

¡MUERA EL CAPITAL!

¡Ah borricos! iba yo a decir al enterarme de que aquellas frases se habían pronunciado en algún mitin o escrito, en algunas de las proclamas que han circulado con ocasión de las presentes huelgas. Pero no lo dije, por no ofender a los verdaderos borricos de cuatro patas, que si tuvieran algún rastro de razón se alegrarían de tener *capitalizada* y acaparada la paja, el grano, el forraje y cuanto necesitan para su mantenimiento. No, no ofendamos a los borricos. No comparemos con ellos, que tan buenos y pacientes son, a los que gritan ¡muera el capital! y omiten «¡del prójimo!» Muera para los que ahora lo tienen y viva para nosotros. ¡Ah! Esos no son borricos: son lisa y llanamente ladrones. Las cosas claras y el chocolate espeso.

¡Muera el capital! Verdaderamente son muy zopencos los que de buena fe lo digan: los que crean que el capital es el enemigo del obrero. ¿Qué puede hacer el proletariado mismo sin capital? Ni la simple protesta de sus huelgas sería eficaz sin las cajas de resistencia. Es tan absurdo, tan superlativamente bestial aquel grito, como lo fuera el del enfermo que como protesta por no estar sano, gritase: «¡muera la salud!» Comprendo que el prole-

tario, el obrero todo el que carezca de capital, procure tenerlo sin robárselo al que lo haya adquirido y lo posea; pero no comprendo ni comprenderá nadie que el remedio de los males que padece el que no tiene capital esté en que nadie lo tenga. Es muy justo que el enfermo quiera tener buena salud; pero es absurdo que pida la muerte de los que están sanos, si su enfermedad es incurable o la curación se demora.

¿Queréis que el capital sea colectivo? ¡Reunido! ¿No lo juntáis y en bien crecidas cantidades para formar vuestras cajas de resistencia? ¿No lográis reunirlo también para edificar esas «casas del pueblo» de que tanto os ufanáis? Pues dedicad alguna vez el dinero a un ensayo de ese colectivismo que tanto preconizáis en teoría. Montad una fábrica, o siquiera una imprenta: estableced una explotación agrícola: adquirid y explotad una mina. ¿Por qué no lo hacéis? ¿Por falta de dinero? No vale la excusa, porque lo tenéis para otras cosas menos útiles, perjudiciales casi siempre. No lo hacéis porque estáis bien convencidos de que acabaríais sin que tardase mucho tiempo como los malos matrimonios: a estacazo limpio. Y adiós leyenda: adiós predicaciones: adiós colectivismo teórico. La práctica lo habría echado a rodar. Quedaríais desacreditados, y os perseguiría la silba más tremenda.

PEDRO DE URDEBUENAS

CAER DE PIE

Allá, por aquellos tiempos en que nuestros galeones surcaban todos los mares, y nuestra bandera se paseaba por el universo entero, estaban anclados en la hermosa bahía de Cádiz un buque de guerra inglés y otro español.

Los dos comandantes, camaradas de antaño, se profesaban íntima y cordialísima amistad.

Un día, en que ensalzaban a más y mejor las cualidades y dotes de sus respectivos subordinados y compatriotas,—caso muy frecuente en la conversación de los marinos—hubo de decir el rubicando hijo de Albión, al marino hispano, en un raptó de entusiasmo:

—¡No hay marinos como los ingleses!

Ni qué decir tiene, que esta manifestación, produjo una exaltada protesta en el hijo Ibero, quien no prestando conformidad a tal aseveración, respondió patrióticamente:

—No los hay en el mundo entero, como los españoles.

La disputa se acentuó ante esta disparidad de criterios, y con ella se acrecentó por ambas partes el entusiasmo, dando por resultado una apuesta.

—¡A probarlo!—dijo el inglés.

—Cuando quieras—repuso el español.

—Estoy seguro de que un marino

español no hace lo que cualquiera de mi barco—añadió flamáticamente el inglés.

—Mis marinos—agregó el español—hacen todo lo que puedan hacer los ingleses, menos beber cerveza en lugar de vino.

—Apostamos un «lunch» para toda la oficialidad.

—Apostado va—dijo el español resueltamente, pero con la condición de que el Jerez y Wisky, figuren por partes iguales.

—¿Hora?

—A las tres.

—¿Sitio?

—Cualquiera, su buque si así le aplice.

—«Al right»—exclamó rebosante de júbilo el súbdito de Jenh Bull.

Son las tres de la tarde y nos hallamos a bordo del barco inglés. Toda su tripulación se encuentra sobre cubierta: los oficiales de ambos buques forman amenos grupos llenos de curiosidad; la marinería está correctamente formada; los comandantes se hallan a estribor; a los marineros españoles se les ha dado permiso para que, subidos a las jarcias de sus buques, sean neutrales espectadores de la prueba.

Dos tipos de marineros, diametralmente opuestos, están separados del resto de los concurrentes, y cada uno cuadrados en el puente esperan órdenes: el inglés, de formas atléticas y rojas patillas, contrasta singularmente, con la cara trigüeña y bigote de azabache del desmedradillo español.

De repente, el comandante del buque inglés dice:

—¡Jack, up!

En el acto el corpulento marino, de un briuco, se pone sobre la borda de babor y con ligereza propia del mono, salta, más bien que trepa por entre el cordaje del palo mayor, llega a la cofa y allí, gateando continúa en penosa ascensión hasta llegar a la punta del tope donde se detiene y saluda.

La expectación es enorme; todas las miradas están fijas en Jack.

Después de un breve instante de reposo, Jack apoya la cabeza sobre el tope y empieza a elevar las piernas en el espacio hasta convertirse en la continuación rectilínea del palo mayor, que parece perderse en los espacios etéreos.

La admiración de los espectadores truécase en ansiedad.

Jack ha desprendido una mano del tope y saluda.

Un aplauso atronador y su prolongado jhural a la Gran Bretaña, resuenan en el espacio, el héroe vuelve a su primera posición; saluda de nuevo, y baja pausada y tranquilamente hasta poner los pies en la cubierta del buque.

—¡Arriba, Frascuelo!—grita el co-